

Rolando Costa

Rolando Costa rolandocst@gmail.com
Poeta salvadoreño.

Gramma

Universidad del Salvador, Argentina

ISSN: 1850-0153

ISSN-e: 1850-0161

Periodicidad: Bianaual

vol. 32, núm. 66, 2021

revista.gramma@usal.edu.ar

HELECHOS

1.

En cualquier parte, si hay silencio, quietud, humedad, calor, sombra y encierro cóncavo. Aberturas o grietas de donde fluyen emanaciones de lo que se consume, supuraciones, derrames, excreciones y excrecencias, escarzo, humores...

Algo va quedando consustanciado, plasmático, nutriéndose, encarnando, irreductible. No se sabe de qué cosas; eyaculaciones, sudores, desechos, grumos, recrementos, aluviones, bagazo, mugre. Lo que un ser vivo cualquiera desecha de sí mientras el tiempo esturja; placenta, menstruaciones. No se puede precisar qué cosas puras expulsaron eso; no se puede. Ni de dónde le llega el color. Ni de qué ebulliciones ese vaho. Está adherido, y carcome; puede absorber el todo.

Fétido, repugnante a veces; reseco, encubriéndose; y otras bello, delicado, fresco... Lo he visto reflejarse en el cielo claro y limpio de las aguas.

Y he recorrido alcantarillas, barrancos, caserones, cavernas, ruinas, túneles, senderos, miasmas...

Y he estado...

Y he tocado...

Repulsivo. Deleite voluptuoso. Flor. Sugerida pureza. Impurezas.

Se forma en todo y de todo. No existe sol.

Se nutre de sí mismo; se devora y devora mordicante. No es un ser; lo que van dejando muchos seres.

Lo que ha quedado. Se va haciendo de lo que se va deshaciendo.

Estéril. En los rincones del tiempo quedándose. Hacia la nada hundiéndose arrinconado.

Seduca o repugna.

Todos lo llevamos. Y puede devorarnos. Puede invadirnos el ser. El pie. El alma. La mente. El espíritu.

¡Oh! Los nombres...

Moho... Musgo...

Murciélago... Mariposa...

Mariposa... Uno...

Mariposa...

He abierto las ventanas. Respiro lo azul...

¿De dónde provengo?

2.

Emergen, sea así de una flor o de una calavera. Emergen de la lluvia y del musgo; de los inhabitados bosques.

(Sentí una surgir con acariciante esfuerzo de mi pupila hacia los astros).

No marchan por el camino arduo de la experiencia. Ya saben; van directamente impelidas y a ciegas; pero ignoran qué les separa de Dios ¿Su esencia, esa incorruptible substancia fría? ¿Su fácil conversión a la monstruosidad?

Porque entonces copulan y ovan; se congregan; pierden el vuelo y su luz; padecen de hambre sucia y voraz. En soledad se aprietan unas con otras, aflicción, aterrorizadas del silencio y de la oscuridad, sus elementos. Ovan a otras más grandes y monstruosas, dificultosamente y con intenso dolor; maltrechas, desentrañadas se extinguen, se devoran a sí mismas, interiormente, célula a célula; y se enlarvan en nauseabundo lanugo; poco a poco se refieren a sí mismas y a medida que perecen enquistadas se maldicen, se consuelan; pero llega el sopor, después zumbidos y por último la nada. La nada, que es la eternidad del que envuelve en sí mismo. Solo recuerdan vagamente la tenue sensación de una cálida intermitencia que pesaba en sus vientres.

La monstruosa luciérnaga pierde su vigilia inmovible frente a cuyo silencio transcurre el universo transmutándose. Se desmorona y aduna de restos dormidos. La luciérnaga monstruosa es un feto eternizándose. Un feto solo, isla. Feto cósmico, cerrado el camino hacia Dios.

3.

Rincón de fiera moribunda oloroso a días heridos, donde la respiración de un cadáver que se prolonga cría musgo e insectos; donde el sudor de la agonía se levanta ciego y poderoso, triunfal. Un deshielo de ciénagas se anuncia en el aire que llega y se arrincona hasta ser alguien que espera.

Flor verde y pálida se abre lenta mi mano sobre la dura tierra (costado frío de muerta hembra) y sobre ella, volteada piedra, el fruto seco de mi cráneo.

Allá, en la otra orilla, hay luces; y bajo toda su luz, así, tan clara y firme, risa jovial... Es un engaño: ese macilento se pudre bajo el farol blanquísimo sin comprender aún, atónito, por qué él no tiene salvación; por qué en sus venas jamás irradiará el ampo júbilo. La risa es un grito de muerte. Un trapealista dorado. La risa jovial, con melena. Espectacular acrobacia, la risa iluminada.

Allá, en la otra orilla, hay luces...

EL DRAGÓN

Coraznado, hálito de pie. Solo dormido, a fondo. Si despierta saldrá de la cueva inmensa, vagará por la selva enorme; y le acosarán, montando jabalís, sagárida en mano y cuatro brazos verdes, gatunos príncipes hindúes de piel dorada; pero él los traga a todos.

Si despierta despertará en dragón.

EL AVE RAPAZ

Incesante, me persigue de cerca; me observa, el ave rapaz desde la copa del árbol. Alzo vuelo; me sigue de cerca.

Tiene el cielo la forma de su cabeza y el ancho de su mirada.

LOBOS

La noche es propicia; escucho los astros. La siento. Cóncava, azul, profunda; adentrémonos, perdámonos... La noche es propicia: aullaré. Y te encuentres donde te encuentres: escucharás, mi loba.

Luminosa pelambre: luz es silencio.

LA VOZ DE UN NIÑO

Miembros felinos ascienden y arrastran cuerpos destrozados; es una alfombra roja el musgo que ha brotado de la sangre, y en ella nuevos seres pululan, seres luminosos que constelan los oscuros pasillos del palacio, encanto de furtivos.

Hay un niño ciego que todas las tardes sube a la torre; ya en su altura, clama por su nombre. Y clama por todos los nombres de los que fueron arrojados a las hienas del mar.

LA TORRE

Un viento fuerte y poderoso golpea y estremece los cristales luminosos de las ventanas. Invade la habitación y derriba sus puertas. Ha penetrado en todo el castillo. En su centro se agolpa y retrae —los habitantes, atónitos, abren sus ojos violentos y respiran el terror que les devuelve a la vida un instante. Silencio. El viento se adentra en sí mismo sorprendido cada vez más de su poderío, y expande su potencia con el grito terrible de un ángel. El castillo estalla en pedazos y nace el fuego, que crece y se propaga en llamaradas. El viento, desnudo, se divide en dos vientos... Solo la torre permanece enhiesta y solitaria...

EL RÍO

Tenues destellos dorados que de onda en onda y rumor en rumor toman forma y se condensan; un cuerpo oscuro, casi azul, sale a la margen; se tiende entre raíces y sobre el húmedo césped saluda a través del follaje al límpido cielo. Única, la flor roja cae en su pecho. Acaricia raíces: yo soy el río, y te amo.

Regocijo, quisiera inclinarse y responderle en su modo de él, con la ternura cósmica de que es capaz, que ella sabría recibir su amor; pero no puede. Tal es la quietud, tan dormida la brisa que cada hoja, una a una, permanece inmóvil y callada; sin embargo, dulcemente acogido, apoyado en raíces, el cuerpo, ebrio de fragancias, reposa. Si tan solo pudiera —y parece presentirlo— darse cuenta él de su amerante presencia; ahora... Tantos siglos... Tantos siglos... de rozarle el alma... Parece en ocasiones que va a mirarla; y solo acaricia ramas. Inclinado al borde de sí mismo, nostálgico, envuelto en los susurros aromados del follaje solloza el dulce aturdimiento. Y ahora, allí, abierto al mar: ya no podrá seguirle. ¿En algas y corales...? Mar tranquilo...

El último salto. Denso dolor y cierta alegría. Ha llegado. El último salto y disolverse de onda en onda y rumor en rumor; disolverse, irse disolviendo; alejarse... Ha saltado, zambulle su forma irrecuperable... Si la descubriese allí, cimera ya en las desnudas rocas; si la descubriese él mientras se disuelve; si a él llegase, todavía destellos y casi espuma, esa última flor que las olas arrojaron a la playa (satánico rechazo del mar) y que, en los pies de un niño que inocente y cruel la arrastra, desaparece... Si la hubiese descubierto cuando de savia en savia se le ofrecía... Si no hubiese llegado...

No sabe el niño qué dolor experimenta al contemplar aquel árbol deshojado, ramas secas, asido apenas a las rocas e inclinado sobre el mar; ese mar... ¿Volverá a su nahual? Es un dolor que trasciende y transmuta; es un dolor que está allí en esa flor que entre sus dedos aún existe. Es un dolor que está allá, en todo ese mar. Es el dolor de más allá de los horizontes. Es el dolor de las estrellas. ¿Cómo llegar? El dolor va hacia el dolor; hubo navegantes que no conocieron el mar. Y el nahual no volverá.

Yo soy un río, murmura.

Y se interna costa adentro, hacia las montañas.

EL ÁRBOL

Sí recuerdo, se perdieron detrás de las casas hundidas, de los cerros y de los mares anaranjados del horizonte, como algo que no alcanzamos a distinguir mientras cae o pasa, llenos de viento y alaridos cóncavos y retratos y polvo y páginas. Estuve allí parado hasta la desaparición última; no respiraba; nadie. Ni un pájaro muerto; ni una roja cosa cualquiera en la oquedad. Largos y derruidos muros blancos de adobe.

Callada y dulce alma que quizá ya no existe, bajo sombra reía y amaba...

Mis flores dicen al musgo que mucho tiempo ha que vienen y se van sin razón; que pasan sin verme, pero que yo estoy. Así fue con ella...

Pasaron todos. No dejaron nada ni yo tomé de ellos nada. Se hizo el vacío. Pero fueron reapareciendo y ahora mismo están pasando, y van silentes, desnudos, mutilados, entrecruzados, disueltos, en sombra; no hacen ruido, no llevan nombres; sordos y ciegos; pasan frente al espejo y no se miran; y no les veo; no existen. No sé quiénes sois vosotros que abris las puertas en carne, mancháis de rojo los calendarios y sonreís ya sin ganas. Ni que esperáis, aparte del momento de partir. ¿De dónde brotáis? ¿De entre raíces, de piedras? ¿En qué raros nidos ováis? ¿Sois los mismos? Y cuando das la espalda, ¿adónde y para qué? He visto a uno quedarse quieto en un zaguán; lo arrinconaron, yerto, a la intemperie; morada de insectos, esperan que un día sirva de algo. He visto que se aúnan en caverna, en ella se adentran y ya no aparecen; abordan el viento serpiente y nunca más se sabe de ellos ni de sus hijos sino a la hora de partida; uno a uno van saliendo asombrados de la visión... ¿Yo? Escucha, así ha sido.

La voz y su preciosa piel de serpiente estuosamente desenroscada de la roca —sol, hojarasca y humedad— se abre roja y existe, toma posesión del universo, asoma por mis ojos y mi aliento, me llena de sí y soy algo más que un viejo tronco, que este viejo tronco rodeado de antiguas montañas. Por ella, que los dioses rechazaron, ingreso al tiempo y existo. En cuanto a ti, ¿qué más puedo decir?

Veo que vienes y pasas, para estarte más allá, en la sombra que hago, tendido, y ves pasar esa muchacha cuyo andar asombra y hace feliz, y piensas en algo cubierto de abejas doradas; pero nada te da la respuesta. Te pones a mear y casi lloras. En un rincón hay excremento de anoche (Bajaron los vagabundos de la luna y eso dejaron del silencio). En mi hombro hay un pájaro y lo escrutas; escrutas el clamor de las campanas y las gotas que comienzan a caer; y a tus manos, que han caído y yacen muy cerca, cántaros rotos... Te mastican los minutos y les dejas... Lo mismo pasa allá, en una sala del palacio. Bajas la oreja. Tu hija es bella; tu mujer fecunda; y el varón arrebaña en las calles y canta. Sufres; se ve que sufres; pero finalmente te marcharás. Han pasado años; la flor se ha cerrado y percibo el silencio. Estáis como ciegos, simulando, entregados a la araña; nada puedes hacer, merodees o no merodees; tu edad es esa. Vienen por ti y esperas; siempre solo. Eso es de todo. La gran posesión: tus manos baldadas.

Se levanta y se marcha; pero se queda sentado. Y se pone a llorar.

Algunas flores caen a sus hombros...